

de trabajada me adormecía, luego en sueños se me representaba la imagen de la muerta niña, y hablaba con ella de la manera que dicen que Eneas habló con el troyano Héctor. Y porque este grave caso á quien mas tocó fué á una su hermana, á quien yo era y soy en gran deuda, con todas mis fuerzas procuraba de podella consolar; pero, siendo la pérdida tan grande, y estando yo de consuelo tan necesitado, en vano me trabajaba. Pero con todo, con grandes lágrimas le decía: « Bien sé que si alguna pérdida entre la gente puede entristecer un gentil y grande ánimo, que con razón será aquesta tuya, pues que te ves privada no solamente de tu hermana, pero de gran amiga y compañera, en la cual se inclinaban todas tus cosas, y con quien tanto siempre te alegrabas. Pero los hados tristes, y la mezquina suerte no se contentan con un solo daño, y así no harta la envidiosa fortuna de otros muchos que te ha dado, quitándote muchos queridos y amados deudos, te quitó agora esta hermana acompañada de tantos bienes tuyos, y en quien tus gracias y virtudes resplandecían, mucho mas de lo que resplandecen los rayos del sol en el rico y hermoso oriente. »

Y acabando de decir estas palabras, tornaba sin orden, porque en las cosas de gran dolor no hay ninguna; y decía, pareciéndome que hablaba con aquella muerta niña: « Oh hermosa señora, y de mí tan querida! Y ¿ á quién no engañará la esperanza, viéndote caminar por tal camino, viendo tus tiernos años, viendo tu alegre rostro, viendo tu varonil cuerpo, y viendo tu demasiada gracia? Y ¿ quién con estas cosas no se prometiera gran seguridad de larga vida, y muchos tiempos y años? Pero quiso la amarga muerte por ejemplo puesto en tí desengañarnos, mostrándonos que también puede quebrar los claros ojos y mudar la gracia, ennegrecer la blancura y mudar la hermosura, enflaquecer las fuerzas y quitar al recio mozo la vida, porque toda moedad está debajo de su mando y bandera. Las cuales cosas aunque ella cuanto al arteficio de natura las mudase así, yo soy cierta, que no mudó ninguna cosa en tu ánima, porque está en aquella gloria y descanso que con tus claras obras acá ganaste. » Acabando de decir estas cosas, tornaba á hablar con la hermana de la defunta niña, que con ronco son de llanto sus dedos torcía, y con gran amor le suplicaba y pedía que cesase en el derramar de sus lágrimas, porque esto consolaría á quien el piadoso dolor tenía puesta en tal estado, que había bien menester consuelo; y que considerase que su hermana pisaba el blanco y cristalino cielo, haciendo camino con sus grandes virtudes á todos aquellos que por aquí le quedaban. Y dichas estas razones, volvía mis palabras á la muerta niña, y decía: « Oh bienaventurada tú, pues que con tanto sosiego y paz te gozas, apartada de los trabajos desta vida, en la cual tan tristes y desconsolados con tu partida á todos nos dejaste! Porque de mí te prometo, amiga querida mía, que entre tanto que el sol diere lumbre al mundo, y las estrellas estuvieren fijadas en el cielo, y los peces en la mar, que jamás me olvide de tí, ni deje de hacer llanto en mi ánimo, acordándome siempre de tus virtudes, gracia, noble y alegre condición. »

Muerta esta hermosa niña, yo acordé de partirme, porque mi deseo era irme en Alejandria, y aunque sintiese mas que la misma muerte el partirme de aquella casa y de aquellas señoras, de quien era criada, esforcéme á hacerello con harta pena de mi alma; y así, despidiéndome con muchas lágrimas de todos los de aquella casa, de la cual hasta el postrero punto de la vida tendré memoria y no seré ingrata, acordé de hacer mi camino por tierra, por andar tan cansada de la fastidiosa mar, y así lo puse por obra. Y habiendo andado por muchas tierras y diversos lugares, enfermado y adoleciendo en algunas partes, un día ya que el sol quería acabar su jornada, á la entrada de un gran campo vi que caminaba un caballero armado de unas armas negras, todas llenas de unas esferas, parte

dellas grandes, y parte pequeñas, las cuales eran esmaltadas en negro sobre oro. Iba en un hermoso caballo, también negro; acompañábanlo cuatro escuderos que las armas le llevaban; y como él fuese grande de cuerpo, parecía tan bien, que todos holgaron de verlo, y á mi me pareció que caminaba hermosa y agraciadamente. Y como él llevase el mismo camino que yo llevaba, juntándome con él lo saludé muy cortesmente, y él con mucha crianza me volvió las saludes, y preguntó que para dónde caminaba. Yo le respondí que para la ciudad de Alejandria; y así comenzamos á caminar, y aquella noche alojamos juntamente en casa de un forastero, que nos hizo mucha honra y sirvió muy cumplidamente, dándonos muchas nuevas de las cosas de aquellos reinos, por donde caminábamos, como es uso en las posadas de los caminos.

CAPITULO XXII.

Cómo sabidos por Felesindos los trabajos de Isea, le contó gran parte de los suyos, y la demanda en que andaba por causa de la princesa Lucíandra.

Venida la mañana, ya que el sol esparcía sus hermosos y dorados rayos por la tierra, fuimos en pie, y despidiéndonos del huésped de aquella posada, comenzamos de hacer nuestro camino; y habiendo caminado gran parte del día, aquel caballero que Felesindos de Traspionda se llamaba, con quien yo, por lo ver tan cortés y bien criado, quise caminar yendo en su compañía, y viéndome en el hablar mostrar descontento, y que algunas veces sospiraba, me preguntó la causa de mi descontento, ofreciéndose de hacer por mí todo aquello que él pudiese. A lo cual yo respondí, que tenía tanta causa de ser triste y descontenta, que cuando él la supiese, que no solamente se maravillaría, pero con causa tendría de mi piedad; y así por le complacer, le conté todos mis trabajos y grandes fortunas, y después de en esto haber gastado algunos días, porque aquel ni otro no bastaron para podello hacer, Felesindos me respondió, que cierto que grande había sido mi fortuna; pero que si yo oyese sus trabajos que podría consolarme y dolerme del.

Y así, importunado de mí, comenzó á decir: « mi nombre, señora (como de mis escuderos habreis oído), es Felesindos; soy sobrino del emperador de Traspionda, hijo de un su hermano, que rey de Bohemia fué, el cual de pequeña edad murió; y así yo me he criado siempre en casa del emperador mi tío, siendo dél y de la emperatriz muy querido y amado, andando siempre en compañía de muchos caballeros de aquella corte, hijos de muy grandes príncipes y grandes señores, prencipalmente de Altayes de Francia, su hijo, caballero de gran valentía y esfuerzo; al cual, por haber nacido en una casa de deporte del emperador su padre, tal nombre pusieron; porque aquella casa donde Altayes nació, está al pié de una alta sierra que la Peña de Francia llaman. Viviendo, como digo, en aquella corte, quise mi ventura que yo me enamorase de Roselinda, una hermosa y noble dama, hija de un mayordomo del emperador, á la cual yo serví y quise muchos años. Andando pues el tiempo, y siendo de Roselinda querido y amado, hallándome un día en una huerta en compañía de muchos caballeros y damas, estando allí Roselinda entrelas, avino que Periandra, otra hermana suya, muy agraciada y cortesana, bailó aquel día conmigo, hablándome yo en aquella fiesta como á hermana de aquella á quien yo servía, no pensando que en esto descontentase á Roselinda. Pero no avino así, porque ella tomó tan grandes celos, que luego me comenzó á desamar, de la cual mudanza yo quedé espantado, y no sabiendo la causa, trabajé muchas veces por le poder hablar, pero jamás me quiso ver ni oír; y lo mas que pude saber fué, que me mandó decir por una su camarera que sirviese á Periandra, y que jamás pareciese delante della, y avisó aquella doncella que ninguna respuesta de mí oyese. Yo, quedando atónito y es-

pantado, y viendo la poca culpa que tenía, con razón me quejaba y recibía pena. Andando las cosas en los términos que, señora, os digo, Periandra me comenzó de amar y mostrar favor: yo viendo la gran sin razón de Roselinda y lo mucho que Periandra me quería, puse mi voluntad de servilla, y de dejar de querer á Roselinda; y así lo puse por obra, y en poco tiempo vine á ser querido, habiendo olvidado de todo á Roselinda. La cual recibió desto tan gran pasión y enojo, porque parece que en lo secreto me amaba, y crecieron tanto los celos en ella que determinó de vengarse; y acordó de meter en mal á Periandra con sus padres, diciéndoles los amores que conmigo tenía; y esto contándole la cosa diferentemente de lo que pasaba; porque los que quieren meter en mal, jamás cuentan la verdad, sino pintan como les parece y á ellos convienen. Así lo hizo Roselinda por vengarse de mí, habiendo ella sido la causa de yo habella dejado de querer. Pasando la cosa de la manera que digo, teniendo informado Roselinda á sus padres malamente, ellos mandaron á Periandra muy lejos de Traspionda; porque como yo fuese deudo del emperador, parecióles que no casaría con ella, y por tanto que lo mejor sería que la llevasen de aquella tierra. La cual partida á mí me dió muy gran pena, y duró por muchos días; pero como aquel amor no estuviese aun del todo señor de mí, con el tiempo me olvidé la pena; y esto por hallar otra que siempre dure, la cual creo que con la muerte acabará como todas acaban. Y fué así: que el emperador tuvo tres hijas, de las cuales la mayor casó con el príncipe Ariano, príncipe de Inglaterra, y la segunda con hijo del rey de Macedonia, porque Altayes, después de haber sido pastor muchos años en la insula Deleitosa, por amor de Narcisiana se casó con ella; y así le pareció de casar á la otra su hermana con el cuñado. Casadas estas dos hermanas, como tengo contado, quedó en casa del emperador su padre Lucíandra, que la menor de todas era, harto mas hermosa que las otras dos hermanas, y mas generosa y de mejor y de mas noble condición, y así por su causa y respeto la corte de su padre estaba puesta en gran altura y nombre, de modo, que no solamente se hallaban en ella grandes príncipes y señores naturales del reino, pero había extranjeros y de luengas partidas, con los cuales aquella gran corte lustraba y resplandecía. Quiso mi ventura que, hallándome yo de continuo en parte adonde siempre veía á Lucíandra, que un día vella y quedar del todo perdido fuese una misma cosa; porque otra manera no mereciera yo habella mirado ni visto; y así la comencé de amar y de querer, olvidada la razón, no teniendo ninguna para entonces saberme defender de aquella tan gran herida; porque estando descuidado un día en un sarao, acabando de haber bailado con la hermosa Lucíandra, amor descuidadamente me hirió, entregándose de mí de tal suerte, que los claros ojos de Lucíandra robaron mi libertad, y traspasaron mi alma y me ajenaron de mí sin quedarme ningún sentido. Y así recogido en mi posada, habiendo puesto mi pensamiento en tan alto lugar, me comencé á mudar de todo aquello que ser solía; pero con todo, alegre y contento por haberme tan bien empleado, y así comencé de hacerme lozano y gastar muy largo, ordenando siempre justas y torneos, y hallándome en todas las aventuras que venían á la corte y sucedían en aquel reino, como fué en aquella de la venganza de amor y en la batalla sin fin de los remedios suyos, y en los robos de la fortuna, y en otras cosas que pasaron en tiempo de Lucíandra. A la cual yo jamás osé descubrir mi pena, porque aunque mi gran amor me diese fuerzas, y mis altos pensamientos osadia, y mi pena procurase mi remedio, su grandeza enflaquecía mis fuerzas, y el solo habella mirado pagaba á mis pensamientos, y su honestidad negaba cualquier justo galardón que mis males mereciesen, quedando con esto tan pagado, que era mayor la gloria que con esto alcanzaba que la pena que padecía; y así, viendo amor y fortuna que yo con solo

ver á Lucíandra estaba contento y satisfecho, y que otra cosa no quería, quisieron quitarme aquel descanso y bien, para que siempre pensase y por tal pérdida continuamente sospirase. Contentándome yo, señora, como os dije, con solamente ver á Lucíandra, y viviendo con esto alegre y contento, siendo muy querido del emperador y de todos los príncipes de aquella corte y de todo el reino, y de otros muchos, porque yo trabajaba de contentar y satisfacer á todos, avino que Lucíandra desapareció de la corte sin saberse cómo ni de qué manera, ni quién la llevó, ni adónde está, ni hasta hoy ninguna nueva se sabe, porque muchos sonidos en su demanda, y niaguno no ha podido saber ninguna cosa della; y como á mí tocasse tanto esta mudanza que la fortuna por hacerme daño quiso hacer, ha siete años que ando en esta demanda, pasando tan grandes trabajos que los de Ulises no fueron iguales, habiendo sido combatido de muchas y grandes desventuras, y habiendo estado preso dos años sin tener culpa ninguna, por causa que el sultán de Persia me quiso casar con una su sobrina, la cual por mi causa se mató; y yo por gran aventura me libré de aquella prison, sufriendo tan grandes afanes, que si agora los contase, bien podría comenzar, pero con gran pena podría acabar; y antes el sol podría tornar al lugar de donde hoy partió, que yo pusiese fin al contar mis grandes fortunas. Y así esta mi pérdida es la mayor que jamás se haya visto, porque si la muerte quitara la vida á Lucíandra, fuera pérdida grande, pero acontecida muchas veces; ó si el emperador la hubiera casado con algun príncipe, fuera lo mismo; ó si ella, sabiendo mis pensamientos, me mandara quitar la vida; pero no habiéndola perdido por ninguna causa destas, justamente me quejo; pero con todo, con grande ánimo me esfuerzo, y en mis adversidades consuelo, viviendo lo mas contento que puedo, porque en las grandes fortunas se han de mostrar los valerosos y grandes ánimos, porque en la próspera todos tienen ánimo y buen corazón, lo cual es mas menester para los tiempos de trabajo y adversa ventura, que para la próspera bonanza, sosiego y gran reposo. »

CAPITULO XXIII.

Cómo caminando Felesindos con Isea juntamente, toparon á la entrada de un valle, que de la Pena se llamaba, una doncella que los llevó á un castillo, y allí les contó las cosas de aquel valle y de la casa del Descanso, en la cual estaba Lucíandra.

Acabando Felesindos su razonamiento y diciendo la causa por qué iba á Alejandria y primero á Damasco, queriéndole yo responder á todas aquellas cosas que me había contado, vimos de lejos venir una muy hermosa doncella, que en un palafren blanco venía muy ricamente vestida. Con ella venían dos escuderos que la acompañaban, y llegando á nosotros nos saludó muy cortesmente, y preguntó si sabíamos qué camino llevábamos, porque aquel era camino de perdición. Felesindos le respondió: « señora doncella, ese tal camino conmigo lo llevo, y creo que esta mi compañera lo mismo, y así no había para qué buscar ese camino que nos decís.—No sé nada, dijo la doncella, pero yo os digo que este camino que vosotros lleváis va derecho al valle de la Pena, el cual nombre tiene por las grandes desventuras y trabajos que pasa y sufre quien camina por él, hasta aportar á la casa del Descanso; y porque la noche se viene y vos me pareceis la persona á quien muchos años ha que yo busco, os podéis ir conmigo, siendo dello contento, á un mi castillo, que cerca de aquí está, y allí os contaré las cosas de aqueste valle, y las que sé de vuestra hacienda, y lo que habéis de hacer para cobrar lo que tanto deseáis; y sabido todo, si os pareciere pasar por el valle, bien, y si no, hareis lo que mejor os estuviere. »

Felesindos quedó espantado de aquellas cosas que la doncella le había dicho, y con gran voluntad de sabellas aceptó la posada, y dando gracias por ella á la doncella, comenzamos de caminar la vía de aquel castillo, el cual

era tres millas de donde la doncella nos había encontrado. Y siendo llegados á él, fuimos muy bien recibidos de todos los de la casa, adonde cenando, y siendo muy cumplidamente servidos de todas las cosas necesarias, Estefanía (que así se llamaba aquella doncella) comenzó á decir: «agora os quiero, señor caballero, contar la causa de haberos aquí traído, y las cosas de aqueste valle que de la Pena se llama, porque trabajéis de probar esta aventura y dalle cabo, porque derechamente pertenece á vos. Habéis pues de saber que yo tuve una tia, señora deste castillo, muy sabia en las artes mágicas y cosas de encantamiento, la cual tuvo gran enemistad con el emperador de Trapisonda; y la causa era porque siendo él caballero andante le mató un su hijo, á quien ella en extremo quería y amaba, y teniendo desto muy gran enojo, y no pudiéndose vengar, por ser mujer, acordó de hacello por sus artes. Y así ordenó aqueste valle, y en el cabo una casa la cual del perpetuo Descanso se llama; pero el valle es tan triste y trabajoso, que las moradas del dios Pluton no lo son mas; porque quien por él ha de pasar, ha de encontrar todos los géneros de desventuras, y todos los trabajos del mundo, y todas las peligrosas y sangrientas batallas que en todos los campos de guerra hallarse pueden. Quien por este valle ha de caminar, cúmptele ponerse á muchas contiendas, porque hallará en él muchos enemigos que lo combatirán, muchos ladrones que lo saltarán, muchos enmascarados que lo engañarán, muchas gentes á cada paso que le mentirán. Caminando por él sufrirá hambre, sed, frío y todos los mas géneros de trabajo, así como son abatimientos, envidia, blandas razones, engaños y otras diversas cosas. Pero en el cabo, si tiene ánimo y sufrimiento, hallará aquella casa del Descanso, en la cual vive para siempre la princesa Luciandra, hija del emperador de Trapisonda. Porque aquesta mi tia, acabando de hacer aqueste valle, por se vengar del emperador, la trujo á aquella casa, en la cual vive olvidada de su padre y de toda la corte, porque luego que allí la metieron perdió la memoria de todas las cosas del mundo; porque, según el descanso de aquella morada, de ninguna cosa de la vida se acuerdan los que allí están, porque allí hay placer, gloria y contento durable y perpetuo. Acabada por aquella mi tia aquella tan famosa obra, y siendo muerta, me mandó que todos los días saliese á aquel camino adonde os hallé, hasta tanto que hallase un caballero que trujese tales armas cuales son estas que vos traéis, y que de su parte os avisase de aquesta aventura, y dijese que á vos solo convenia acaballa y cobrar á Luciandra, llegando á la casa del Descanso; pero que primero era menester que, por saber cuánto importaba esta aventura, habládeses con el sabio Rusismundo, el cual vivia en los montes de las Maravillas de naturaleza, debajo del cielo que sostuvo Atlante; y que en Damasco hallariades nuevas dél ó en Alejandría; y si no, que fuédeses á la casa de la Fama hasta tanto que halládeses quien os dijese deste gran sabio, y que cuando lo topádeses le dijédeses que la dueña que vivia junto al valle de la Pena os había enviado á él. » Y con esto cesó, que no dijo mas. Muy espantado quedó Felesindos en oír aquella doncella; é informándose mas cumplidamente della, con grandes pensamientos se fué á acostar, con propósito de trabajar en dar fin á aquella aventura; y yo, viendo la buena manera y crianza de aquel caballero, tomé tanto amor con él, que todas sus cosas me daban pena y deseaba (como aun agora deseo) que se le hiciesen bien y prósperamente.

CAPITULO XXIV.

Cómo caminando Felesindos y Isea, hallaron una hermana del rey de Chipre muy hermosa, la cual iba á la contienda de Felesinda, y de cómo se fueron en su compañía á la ciudad de Damasco.

Venida la mañana, todos fuimos en pié, y despidiéndonos de aquella doncella comenzamos de hacer nuestro cami-

no, pareciéndonos de ir primero á Damasco, por ver si allí podríamos hallar alguna nueva de aquel sabio, y no hallándola irnos en Alejandría; y caminando con este propósito, un día, siendo pasada gran parte dél, vimos venir una gran compañía de caballeros y doncellas, todos en buena orden y ricamente vestidos. Venia allí una hermana del rey de Chipre, á quien todos servian, la cual iba á la ciudad de Damasco, y la causa era por ver la contienda de Felesinda, una sola hija del rey su hermano, que era muy hermosa y de muchos caballeros servida, principalmente de un hijo del duque de Atenas, el cual en la isla de la Vida vivia, á quien yo, cuando allí con Clareo estuve, había conversado y conocido mucho. Era también esta Felesinda demandada de un hermano del duque de Candia; y su padre della, no sabiendo determinar á cuál destos dos la debía de dar, había mandado pregonar unos torneos en aquella ciudad de Damasco, ordenando en él que daría por mujer á Felesinda su hija á cualquier caballero que los venciese, con tal que fuese de sangre de rey ó de duques. Y que siendo caso que el que venciese no quisiese tomar por mujer á Felesinda, que la pudiese dar á quien á él contentase, con tal condicion que cumpliése la orden y manera del pregon mandado dar por el rey.

Sabidas estas cosas todas por Felesindos, le tomó gana de hallarse en aquella aventura, porque su ánimo valeroso y grandes pensamientos siempre lo inclinaban á grandes cosas; y así, habiendo saludado á aquella compañía muy cortesmente, se juntó á los que acompañaban á Estrellinda, que así se llamaba aquella señora, la cual moza y muy hermosa era; y ella viendo á Felesindos tan hermoso (porque llevaba el yelmo quitado), y que era extranjero, le comenzó de hablar con mucho amor y gracia, preguntándole muchas cosas, á las cuales él muy atentadamente respondia, contentándose mucho de hablar con aquella señora. Y caminando desta manera llegamos á la ciudad de Damasco, y Estrellinda nos hizo posar consigo, llevándonos á los palacios del rey su hermano, del cual fuimos muy bien recibidos, porque era príncipe que usaba hacer honor á los extranjeros. En la ciudad estaban muchas gentes que eran venidas para ver aquellos grandes torneos, y todo el campo estaba lleno de muchas hermosas tiendas, las cuales parecian tan bien que gran contento recibian los ojos en mirallas. Y como los torneos habian de ser de allí á un mes, quedamos allí hasta ver en lo que pararia aquella contienda, la cual se había de acabar llegando el día de los torneos, los cuales habian de ser en una gran plaza, en la cual había muchos cadahalsos para los de la tierra y para otras personas de gran valor, que allí por ver aquella aventura eran venidas. En este tiempo, Estrellinda mostraba muy gran amor á Felesindos, y habiale rogado que saliese á los torneos al tiempo que se toparon; pero después le pesó, por pensar si se casaría con Felesinda, porque le parecia muy buen caballero; en lo que estaba engañada, porque Felesindos tenia en su memoria á Luciandra, y penaba tan en extremo por ella que no casaría por ningun precio ni con una ni con otra.

Tornando á la historia, aconteció que estando ya para se comenzar el torneo, y queriendo salir el rey á las ventanas para lo ver, con todos los demás de su casa, comen-zóse á oír una gran alteracion por la ciudad, y la causa era que venia por las calles un hermoso castillo armado sobre seis camellos muy grandes, todo hermosamente torreado y con ricas piedras y labores ornado, con letras al derredor, que decian: *Esta es la gloria y galardón del amor, y quien ganare este castillo en amores tendrá ventura y verá en él todas las cosas que amare y quisiere.* Venian en guarda de aquel castillo cuatro hermosas doncellas todas vestidas de carmesí, sembradas por las ropas muchas estrellas de oro; y como el traje fuese extranjero y ellas viniesen tan bien tratadas, todos holgaban de vellas. Dentro del castillo sonaban muchos instrumentos y oíanse sua-

ves y dulces cantares. Llegadas estas doncellas al palacio, mandaron apear ocho escuderos suyos, que con ellas venian con otros criados; hicieron desatar el castillo, el cual venia atado con cadenas de oro con gentil orden y arteificio. Y así comenzaron á subir al palacio, y llegadas á una sala adonde el rey con la reina y con su hija y Estrellinda estaba, haciéndoles aquellas doncellas gran acatamiento comenzaron á decir: «La fama desta contienda, escelentísimo príncipe, y de la manera que quieres casar á tu hija, se extendió por tantas partes que aportó á los campos y valles amorosos, en los cuales nosotras vivimos, y de donde somos naturales; y porque en algun tiempo sabemos que habemos de tener necesidad de algunos caballeros, quisimos venir á esta corte y honrar esta tu fiesta, por nos parecer que en ella se hallarán esforzados y valerosos caballeros; y porque por la mayor parte todos son namorados, quisimos traer este castillo, dentro del cual hay grandes cosas; porque quien por fuerza de armas lo ganare, verá en él todas las cosas que ama, y gozará dellas. Pero quien quisiere probar esta aventura, hase de combatir primero con tres valientes caballeros que dentro vienen: el uno se llama Tormento, y el otro Cuidado, y el otro Sufrimiento; y si fuere tal que venciere al Sufrimiento, que es el que solo verá, el castillo es suyo; pero antes ha de hacer juramento que si lo ganare sea obligado de servir á la diosa Venus, cuando lo mandare llamar para la batalla que con la diosa Palas piensa tener. Dicho os habemos la causa de nuestra venida: resta agora que vuestra alteza sea servido y contento que se pruebe esta aventura, y que mandéis á vuestros caballeros que empleen aquí sus fuerzas, porque desto se seguirá gran honor y fama á vuestra corte, y á nosotras no menos provecho y contento;» y con esto cesaron, que no dijeron mas.

El rey quedó muy alegre porque tales cosas viniesen á su corte, y agradeció mucho á aquellas doncellas aquella su venida, y dijo que él era muy alegre de que tal aventura se probase en su casa; y mandó aposentar muy bien á aquellas doncellas, y mandó que los torneos cesasen hasta la fin de aquella aventura. Y con esto no se comenzaron aquel día; ni se habló en otra cosa mas que en aquel castillo, y muchos deseaban ya que la prueba se comenzase por mostrar su valentia delante de las damas á quien servian, y también por ganar tan gran don y cosa que tanto importaba á aquellos que amaban. Felesindos no pensó ser de los primeros, hasta ver en qué paraba la prueba del castillo; pero mucho se holgó por pensar que si él lo ganase que veria allí Luciandra, cosa que él tanto deseaba, y por quien tantos y tan grandes trabajos sufría. Siendo pasado aquel día de la suerte que habemos contado, venida la noche nos recogimos en una gran sala, en la cual estaba el rey acompañado de todos los grandes que allí eran venidos, y los dos competidores estaban muy ufanos por creer cada uno de acabar aquella aventura; y Felesindos siempre hablaba con Estrellinda, y disimulando mostraba querella, y que había de acabar aquella aventura por su amor, y que así se lo prometía, de lo cual ella estaba muy contenta y con deseo de ver acabado aquel fecho; y aquella noche hubo sarao, y toda la corte estaba con gran deseo de ver el fin de aquella aventura; y con esto se fueron todos á sus posadas esperando la venida del día siguiente.

CAPITULO XXV.

Que trata de las grandes penas que Estrellinda comenzó á sufrir por causa de Felesindos, y de cómo la aventura se probó, y de la contienda que hubo en quién sería el primero en la prueba della.

Recogidos todos en sus lechos, algunos descansadamente y sin ningun cuidado dormian; pero otros, entregados á sus acostumbradas penas, en vano podian reposar, principalmente la muy hermosa Estrellinda, á quien la dorada flecha de amor ya tenia traspasada y mortalmente herida, habiendo por todas sus venas esparcido y derra-

mado su dulce ponzoña; y así, mudada de lo que solia ser, se abrasaba y derretia como la blanca nieve á los rayos del caliente sol; y hablando consigo misma decia: «¡ay de tí sin ventura y triste Estrellinda! y ¿qué nueva mudanza es aquesta que sientes, y quién ha podido tan presto robar aquella libertad que tener solias, y cómo, siendo tú tan gran princesa y olvidando la obligacion que á tu claro linaje tienes, te sujetas á un caballero extranjero, y que no sabes quién es, ni sabes dél mas que habello encontrado en un camino?» Por otra parte tornaba y decia: «bienaventurada yo, si de tal caballero fuese amada, porque, según su manera y las grandezas que en su persona muestra, no puede dejar de ser muy gran príncipe. Mas ¡ay de mí! tornaba á decir, que ya que esto así fuese, ¿cómo podré yo saber que deste caballero soy querida? Porque hasta agora no tengo vista señal ni muestra ninguna, por la cual sienta que entrará en los torneos por mi causa es cosa que él á ley de buen caballero hará por cualquier doncella que se lo pidiese; cuanto mas que desto á mí no me viene provecho, antes daño; porque según él es buen caballero, yo creo que vencerá los torneos; y siendo de sangre real, mi hermano le dará á Felesinda su hija: lo que plega á Dios que nunca sea, porque si Felesinda se casa; ¡ay de mí! pues así ningun remedio podrá tener mi mal, ni ningun buen fin mi deseo; pues por otra parte, si este á quien yo tanto amo y quiero ni es buen caballero, ni de clara sangre, ¿cómo está en razon que yo le ame ni quiera? Mas ¡ay de mí! que hablo como persona libre y que puede lo que quiere, no estando en mi mano mas que solo querer á mi pesar ó á mi placer; porque parece que luego que fui salida de la cuna y hu- be dejado la leche de mi ama; que luego el amor ordenó y quiso condenarme á esta gran fortuna; y así en dolor fui criada y en él nacida, y plega á Dios que en el dolor no acabe mi triste y amarga vida.»

En estas y otras cosas pasó aquella señora toda aquella noche, y venida la mañana luego fué en pié, no pudiendo sosegar ni valerle en ningun modo ni manera; y siendo levantada se vistió, pero no como solia, porque ya el amor mandaba y no su voluntad, ni lo que ella queria como antes solia, lo cual le estuyera mejor, y le fuera gran bien ser profeta como la troyana Casandra; porque así adivinara su mal y la pena y daño que le vino, por haber puesto su pensamiento en amar á Felesindos, como adelante se dirá. En lo cual todas las damas podian tomar ejemplo para que así no se aficionasen á querer á ningun gentil hombre ni caballero, por mejor que les pareciese. Vestida Estrellinda y acompañada de todas sus doncellas, se vino á la cámara de la reina, y della y de Felesinda su hija fué muy bien recibida; porque de todos los de aquella casa era muy querida y amada, por su buena crianza y condicion, la cual, si antes era buena, agora era muy mejor, porque todos los que aman son bien acondicionados y liberales, y de gran sufrimiento y buena crianza, porque el amor es galán, cortesano, generoso, sabio, y sobre todo hace á quien lo sigue animoso, polido, bien hablado y cortés, y bien criado y de dulce y buena conversacion.

Venida Estrellinda á la cámara de la reina, luego les vino recaudo del rey que se fuesen á comer temprano, por haber tiempo para la prueba de la aventura; y así venidos adonde el rey estaba, las tablas fueron puestas y todos servidos de muchas viandas, tan cumplidamente cuanto á tan gran príncipe convenia; y acabado de comer, Belirifonte de Atenas, que así se llamaba el hijo del duque de Atenas, y Arminador de Candia, vinieron á la sala acompañados de muchos criados suyos, todos ricamente vestidos; y venidos delante del rey, cada uno destos caballeros pretendia ser el primero en la prueba de la aventura, alegando muchas razones en su favor; y como ellos fue-

sen competidores, vino la cosa á términos que cuasi se hubieran allí de matar, si el rey no los metiera en paz mandándolos callar, y ordenando que por quitar aquella contienda que probase Felesindos primero la aventura, el cual allí estaba hablando con Estrellinda, no con pequeña gloria suya, y no menor dél, que parece que ya la comenzaba de amar y querer. Mandado por el rey que Felesindos comenzase la prueba de aquel castillo, él se puso en orden, y habiéndole las doncellas tomado juramento, que si ganase el castillo que ayudase á la diosa Venus cuando menester lo hubiese, armado de todas sus armas se llegó á él, y tañendo una trompeta, con gran estruendo se abrió una puerta, y toda la sala quedó tan olorosa como si todo el ámbur del mundo allí se hallara.

Abierta la puerta, luego salió un gran caballero armado de unas fuertes hojas de acero; y sin decir nada echó mano de un gran estoque y comenzó de herir á Felesindos, que como buen caballero se defendía; pero el otro, que sufrimiento era llamado, lo hiría tan denodadamente que en gran trabajo lo ponía, llevándolo ya de vencida; pero Felesindos, como esforzado caballero y de gran corazón, tornó sobre sí y comenzó á cargar de grandes golpes al sufrimiento; mas esto lo dañaba, porque era menester tenello por amigo y obedecello, porque de otra suerte no podía vencer; y así, viendo que llevaba el camino errado, metió la espada en la vaina, y animosamente se comenzó á defender sin querer mas ofender; lo cual viendo aquel gran caballero, quitándose de delante lo cercó de una gran sierra tan llena de niebla y tan oscura, que toda la sala quedó como la noche, y dábanse grandes voces diciendo: «ea, tristeza; ea, dolor; ea, cuidado; ea, tormento!» Y esto tan recio, que parecían gritos de algun gran capitán que animaba alguna gente para combatir alguna ciudad, ó dar alguna gran batalla, y á todo esto no se veía Felesindos, mas que oírle una flaca voz que decía: «esfuerce Dios el sufrir.» A lo cual con grandes gritos decían los que lo combatían: «no le deis camá en que duerma, ni tierra en que se asiente, ni lo mateis aunque él quiera darse la muerte;» á las cuales cosas el buen caballero (acompañado ya con su amigo el sufrimiento) resistía, y con sufrir venía, lo cual viendo aquellos enemigos, con grandes truenos y relámpagos, que parecía hundirse toda aquella sala, decían: «¡ah celos, celos! aquí es menester vuestra ayuda:» y así se comenzó entonces la batalla tan dura que toda la sala temblaba, y muchas damas de aquellas renegaban ya de la aventura y de las doncellas y de quien allí la había traído, principalmente Estrellinda, que como muerta en mis brazos estaba desmayada, y yo no menos que ella; y como la sala estuviese tan oscura, ninguna cosa se veía mas que oírse aquellas voces ya de una parte y de otra; porque de la una decían: «renueva, cuidado; atormenta, tristeza; despedaza, tormento; aprieta, congoja; y maten los celos con todos sus desabrimientos, temores y pena.» De otra parte se decía también á voces: «esforzad, buen caballero;» á lo cual él respondía cansadamente y sin ningun aliento: «esfuerce Dios el sufrir.»

Habiendo durado aquesta batalla la gran parte del día, comenzóse á renovar con tan gran estruendo que parecía que toda la sala y palacio se quería hundir. Y acabándose aquel estruendo, la sala quedó muy clara y muy mas olorosa que de antes, y todas las puertas del castillo abiertas, y el sufrimiento abrazado con Felesindos, como si grandes amigos fuesen y de muchos tiempos conocidos; y despidiéndose dél, desapareció, y tras él aquellos sus enemigos que gran espanto dieron á los que los miraban. Y el rey y la reina se fueron derechos á Felesindos, diciéndole: «¡oh bienaventurado vos, caballero, que tan gran honra habeis dado á esta mi corte!» Y Felesinda le dió muchas gracias; y Estrellinda, que de muerte á vida había tornado, se vino derecha á él, y le dijo: «por cierto, se-

ñor Felesindos, que siempre me terné por doncella de gran ventura, en haber encontrado con vos como con el mejor caballero que yo pienso que agora en todo el mundo se halle.» A la cual Felesindos, vergonzoso de verse loar, respondió, que cualquiera que él fuese sería para servilla. «No tengo yo en poco esa palabra, respondió Estrellinda, y acuérdeselos della para cuando os la pidiere.—Si acordaré, señora, respondió Felesindos, porque cosa que tanto me importa, como es serviros, no se me puede á mi jamás olvidar;» y con estas razones se despidieron. Felesinda en este tiempo, viendo la bondad de Felesindos y cuán buen caballero era, tuvo esperanza de casarse con él, y que vencería aquellos torneos, y sería de sangre real, y que así su padre se la daría por mujer, y con esto lo comenzó de amar y de hacerse lozana y de gran presunción, con tener por cierto que no habría duda en que Felesindos sería su marido.

Tornando pues á la historia, como ya aquella noche fuese tarde, y Felesindos cansado de la batalla pasada, todos se recogieron, y quedó asentado que dentro en tres días fuesen los torneos, y que acabados se entrase en el castillo, porque le pareció al rey que así sería mejor, por respeto que no viesen los caballeros alguna cosa que los descontentase, y así no entrasen de buena gana en los torneos; y con esta orden se fueron todos á dormir, pero Felesinda cercada de sus muchos cuidados jamás pudo reposar, antes siempre estuvo pensando en Felesindos, y en cuán buen caballero era y cuán hermoso, y con estas cosas encendíase mas en sus amores, deseaba ya de ver la fin de aquellos torneos por verse casada con Felesindos.

CAPITULO XXVI.

En el cual se cuenta de cómo los torneos se comenzaron, y de las cosas que pasaron en ellos, y de la gran batalla que entre un caballero extranjero y Felesindos pasó.

Pasados aquellos tres días y venido el día en el cual habían de ser los torneos, todos los caballeros se pusieron en orden, y ordenóse que todos los extranjeros fuesen de una parte y los naturales de otra, con que Felesindos fuese de la parte de los naturales, porque así lo había prometido á Estrellinda, y el rey le rogó que fuese capitán de ellos, de lo cual Felesindos se escusaba; pero á la fin lo aceptó por mandado de Felesinda, de lo que en extremo pesó á Estrellinda, y tenía muy grandes celos della, y estaba muy confusa y descontenta; porque por una parte deseaba que la honra de aquellos torneos la ganase Felesindos, y por otra le pesaba si con vencellos se había de casar con su sobrina. Ordenadas así todas estas cosas, era hermosa cosa de oír el estruendo de aquella ciudad, en ver aderezar armas, buscar caballos, hacer vestidos, concertar jaeces y otras cosas necesarias para aquellas fiestas, y todas las damas se hacían hacer hermosos y ricos atavíos, y en la plaza donde habían de ser se hacían grandes tablados y cadahalsos. Los extranjeros, por otra parte, ordenaban todas sus cosas, y después de gran contienda, habiendo hecho á Arminador de Candía capitán, se pusieron en orden para salir á tornear.

Venido el día señalado, salieron al campo así los extranjeros como los naturales, todos ricamente armados, principalmente algunos señalados caballeros, entre los cuales salió Arminador de Candía, armado de unas armas blancas, todas sembradas con unas efes de oro ricamente guarnecidas, y todos sus pajes y criados vestidos de terciopelo blanco con tiras de oro tirado. Salió Belirifonte de Atenas armado de unas armas azules, sembradas por ellas unas lunas que gobernaban los caballos del sol. Salió Felesindos con sus mismas armas, pero no negras, sino verdes, porque así se lo había rogado Estrellinda. Venidos pues á las ventanas del palacio el rey y la reina con todas aquellas señoras, damas y caballeros, las trompetas

y atabales comenzaron á sonar, y todos aquellos caballeros fueron en el campo, que era una gran plaza delante de las ventanas de los palacios. Y luego Felesindos, ordenando toda su gente, comenzó de mover, y lo mismo hizo Arminador. Y así se comenzó á trabar el torneo de entrambas partes, habiendo en él hermosos encuentros, y haciendo en ellos grandes maravillas Arminador y Belirifonte; pero entre todos se señalaba Felesindos, haciendo cosas que merecían perpetua fama y memoria, y todos vían claramente la ventaja que á todos hacía; y cómo los naturales con su favor vencían á los extranjeros.

Estando las cosas en estos términos, asomaron por una parte del campo nueve caballeros; los ocho armados de unas armas leonadas, sin otra color ninguna, y el nono de unas pardas, sembradas por ellas unas blancas manos, que un corazón rasgaban. Salían destos caballeros unas llamas de fuego con tan grandes humos, que parecían que querían abrasar todo el campo y todo el palacio, y lo que era mas de maravillar, que no se podía ver de dónde salían aquellas llamas, y cómo unas veces cesaban y otras se avivaban. Venía en su compañía una muy hermosa doncella, acompañada con otras tres que la servían. Llegados todos aquellos caballeros al campo, sin se mover, comenzaron de mirar aquel torneo, el cual claramente se veía de la parte de los naturales, por las grandes cosas que Felesindos hacía; lo que viendo aquella dama que, á lo que supimos, Aurismunda se llamaba, mandó una de aquellas doncellas á decir al caballero de las armas pardas que entrase en el torneo, el cual, viendo el mandado de aquella señora, luego lo hizo. Y así, poniéndose de la parte de los extranjeros, que no poco holgaron con su venida, comenzó á herir en los naturales, haciendo tan estremadas cosas que ponía espanto á todos aquellos que lo miraban. De manera que con su venida los naturales perdían el campo, y se tenía por cierto que aquel caballero de las armas pardas vencería aquel torneo, de lo que no pesaba á Estrellinda, antes lo rogaba á Dios, porque no se casase con su caballero Felesinda, á la cual en extremo pesaba, porque tenía ya puesto todo su amor en Felesindos, y no quería á ningun otro por marido.

Tornando á la historia, viendo Felesindos que la entrada de aquel caballero era la causa de que se perdiese todo lo que aquel día había ganado, tomó una gruesa lanza, y fuese derechamente adonde andaba el caballero de las armas pardas, derrocando todos cuantos delante de sí hallaba, y encontrándose con él, se dieron grandes encuentros, y no pudiéndose derrocar, echaron mano de las espadas y comenzaron una brava batalla, la cual duró mas de una hora sin poderse conocer entre ellos ninguna ventaja, todas aquellas damas, rogando á Dios que la diese á Felesindos la victoria de aquella batalla. La cual, estando en los términos que tengo contado, Aurismunda llegó á su caballero y le mandó que dejase la batalla, y así se hizo, y tornando las llamas á renovarse, toda aquella compañía se partió. Y quien fuese aquella dama y los caballeros que con ella venían, y la causa de su venida á aquella corte, y la demanda en que andaban, se cuenta largamente en la historia de Felesindos; porque como esta no trate mas que de mis trabajos, no hay para qué aquí se diga nada desto; antes lo que digo lo hago mas por hallarme yo presente á estas cosas que cuento, que no por ser cosa necesaria.

Tornando pues á lo que iba contando, partidos aquellos caballeros, Felesindos, por cobrar lo perdido, comenzó á hacer tan grandes maravillas que venció el torneo; y así fué juzgado por los jueces del campo, y con mucho estruendo de trompetas y gran honra lo sacaron del campo y llevaron á los palacios del rey, del cual fué muy bien recibido, y así de la reina y de su hija, teniendo en su ánimo por muy cierto que Felesindos casaría con ella, porque tan buen caballero no podría dejar de ser de noble sangre y de

claro linaje. Y con esto estaba muy alegre y lozana, las cuales cosas faltaban á Estrellinda, por le parecer que su sobrina sería aquella que gozaria de aquello que ella tanto deseaba. Y con tal pensamiento se tornó tan triste, que quien en ello mirara bien conociera la mudanza de su rostro, por mas que disimulalla quisiese. Pero como había tantos descontentos, cada uno tenía cuenta con su mal; porque Arminador y Belirifonte estaban tan tristes y descontentos, que querían reventar con tristeza, viendo que un caballero extranjero les había quitado aquello que tantos tiempos había que deseaban. Y estando así no sabían qué consejo tomasen. Estrellinda por otra parte penaba, Felesinda temía; así que, todos estaban descontentos; y con esto, como aquella noche no se pudiese hacer nada, y todos estuviesen cansados del torneo pasado, acordaron de recogerse en sus posadas, con orden que el otro día se tratasen las cosas de Felesinda.

CAPITULO XXVII.

En el cual se cuenta lo que pasó en la contienda de Felesinda, y cómo Felesindos no quiso casar con ella, y de las grandes cosas que en aquel castillo del Remedio de amor se vieron, y cómo el castillo desapareció, llevando consigo á Felesinda á los valles amorosos.

En grandes cuidados estaba la hermosa Felesinda por no saber quien fuese Felesindos, ni menos lo que querría hacer; y como ella fuese muy moza y poco experimentada en las cosas del amor, no sabía ni podía mas que entregarse á su pena, teniendo por cierto que su deseo no se cumpliría; porque los que aman, todas las cosas esperan que sucedan mal. Y con esta nueva pena y grandes temores pasó aquella noche con harto poco reposo, sin en toda ella poder dormir ni cerrar los ojos, que dos fuentes se le habían tornado. Venida la mañana, todos fueron en el gran palacio, y todos venían sin placer y descontentos; y el rey había mandado aquel día convidar á comer consigo á todos los extranjeros, porque se hallasen presentes á lo que se determinase en el casamiento de Felesinda. Y acabando de comer, con gran estruendo de trompetas y con gran música de muchos instrumentos, estando todos sosegados, el rey, enderezando todas sus palabras á Felesindos, desta manera comenzó á decir: «por cosa cierta se tiene que así como aquellos que descenden de príncipes y grandes señores son mas obligados á la virtud y grandeza, que no los otros que de tal cepa no vienen; que asimismo se halla en ellos mayor ánimo y mayor inclinación, que los lleva y inclina á grandes cosas, que no en los otros que de noble sangre no son. Porque dado caso que vemos que muchos de bajos padres nacidos resplandecen por sus obras, á la fin aquello es cosa violenta y forzada, aunque digna de gran loor, y que en pocos se halla, pero estotra es mas natural, y que pocas veces se ve sino en las personas que digo. Entre las cuales vos, muy noble caballero, os podeis nombrar; porque las obras que vos en esta corte habeis hecho son tales y tan grandes, que es imposible que vos no seais hijo de gran príncipe, y descendais de muy ilustre sangre; y tengo esto por tan averiguado, que solo con vos nos decir quien sois, os podeis llamar marido de Felesinda; y después de mis días, señor de todo lo que yo tuviese;» y con esto cesó.

Y viendo Felesindos que hablaba con él, levantóse en pié y (temblando Felesinda y Estrellinda por ver lo que diría) respondió así: «es tan grande la obligacion, serenísimo príncipe, que después que estoy en esta corte tengo á vuestra alteza por las grandes y señaladas mercedes que tengo recibido, que con ningun servicio, por grande que sea, me atrevo á pagallas, cuanto mas agora por la que vuestra alteza me quiere hacer, juntamente con las loores que es servido darme, las cuales en mi no conozco. Y porque delante de tan gran príncipe y generosa compañía pocas y bien pensadas palabras se han de hablar, dejando aparte lo que toca á mi linaje, porque no

hay para qué tratallo ni decir quién soy, respondo, que yo por agora no puedo casar, porque ando siete años ha en una demanda, por respeto de la cual yo no puedo tener reposo ni ningún sosiego. Vuestra alteza mandó pregonar, que quien venciese estos torneos casase con la señora Felesinda, con las condiciones que puso, y que no queriendo casarse, que escogiese un caballero cual á él le pareciese, lo cual yo podré muy bien hacer, porque en esta vuestra corte hay tales y tantos que no podrá faltar quien merezca á la señora Felesinda; porque lo que faltare en valor (lo cual yo no creo) suplirá con la voluntad que de servilla tendrá. Aquí está el señor Arminador de Candia y el señor Belirifonte de Atenas, caballeros (á lo que yo oigo decir y en sus cosas he visto) de gran estima y precio: yo me informaré, y, siendo vuestra alteza servido y la señora Felesinda contenta, escogeré de los dos cual mejor me pareciere, aunque entrambos son tales que en gran trabajo me veré si á mi duda no fuere socorrido con la voluntad de la señora Felesinda, la cual quiero que sepa que por los dioses inmortales que yo no puedo por agora casar; porque á poder, ninguna otra (siendo ella servida) fuera ni mujer; y con esto no dijo mas.

Y el rey quedó muy espantado de oír aquella respuesta, y no dejó de sentillo, aunque lo disimuló, lo cual no pudo hacer Felesinda, porque quedó tal como si le hubiesen trespasado el corazón con un agudo puñal. Estrellinda quedó contenta, pero con gran pena por oír á Felesindos que andaba en tal demanda que no se podía casar. Arminador y Belirifonte quedaron alegres, pero muy dudosos por no saber á cuál de ellos Felesindos querria escoger. Pero si no aconteciera lo que adelante diré, yo los quitara aquella duda, porque hiciera con Felesindos que escogiera á Belirifonte de Atenas, por él lo merecer, y por la gran deuda en que yo era á sus padres, por las obras que en la insula de la Vida dellos había recibido; porque, fuera de la gran deuda en que soy á aquel gran señor de Egipto, porque esta es la mayor que yo tengo ni pienso tener, soy en gran obligación á todos los de la insula de la Vida. Pasadas todas estas cosas, el rey no se determinó allí con propósito de hablar aparte á Felesindos; y así, después de algunas razones, se acabó aquella plática con quedar ordenado que otro día se entrase en el castillo del Remedio de amor, el cual había bien menester la hermosa y linda Felesinda, que tan descuidadamente había comenzado de amar, y esto sanamente con pensar de casarse con él, y no considerando que debajo de aquel sano amor estaba una pestilencia, que entrando por las venas había de matar súptamente. No había considerado la pobre doncella mas que el bien que de amar á Felesindos le vendría, contando los bienes y partes que en él había, y no acordándose del mal que se le podría seguir. Del cual, si ella y todas las mas hubieran hablado conmigo, pudiera bien avisar; porque no sé yo quién (entre todos los humanos) sea de tan duro ánimo que, sabiendo mi mal, no dé la vuelta luego; y quién tan ciego que, sabiendo mis tormentos y las penas que pasé por Clareo, no se avise, y queriendo porfiar no muera y pene por su misma culpa. Pero como los que comienzan de amar hallan la puerta abierta, y blandamente son recibidos y fácilmente se entran y al amor entregan, no miran nada; pero después, al salir, la puerta se cierra y todos los remedios faltan, así como á Felesinda le aconteció. La cual, viendo la respuesta que al rey su padre Felesindos había dado, en vivas llamas se ardia, y con grandes suspiros se quejaba, diciendo: « ¡Oh sin ventura Felesinda! ¿Qué es de tí y de tu libertad, y de dónde te ha nacido esta nueva pena? ¡Oh, maldita fué esta mi contienda, y maldita la orden de mi padre, y malditos estos torneos, pues todo ha sido causa de mi triste muerte! ¡Oh Felesindos, y qué mala y triste fué para mí tu venida en esta tierra, y cuán presto me has

desengañado de mis pensamientos, dejándome tan sin esperanza que con ninguna cosa me puedo esforzar ni esperar en esta fortuna ninguna bonanza! En estas tristes lamentaciones estaba la triste doncella, no siendo menores las de su tia, ni menores las de los dos competidores.

Venido el siguiente día, todos se juntaron en la sala del gran palacio para entrar en el castillo; y estando todos juntos, Felesindos por mandado del rey, con licencia de aquellas señoras, y yo con él, entramos en el castillo; y entrando, nos pareció estar en toda la gloria y descanso del mundo, pareciéndonos que todas las cosas que viamos nos convidaban á amar, y todas nos daban gran placer y contento. Había dentro de aquel castillo hermosas y ricas cuadras todas de oro y de rica pedrería ornadas, andábase paseando por ellas muchas damas, todas tan hermosas, que con su beldad escurecían á los claros rayos del sol, y á toda la hermosura del mundo, vestidas todas de diversas colores, unas de blanco, otras de morado, otras de verde, otras de colorado, y otras de brocado, y así de otras muchas colores. Traían todas hermosas guirnaldas entretejidas en ellas los nombres de cada una. Pero como fuesen tantas no se pudieron comprender todos sus nombres, y era hermosa cosa de ver aquella tan agraciada compañía, y tantas damas juntas; y tan gran gloria se sentía en mirallas, que parecía que de ninguna cosa nos acordábase; porque ver tantos ojos claros, tantas blancas manos, tantos rojos cabellos, tantos grandes y agraciados cuerpos, era cosa digna de gran maravilla y de mucho contento á los que las miraban; y así parecía que estábamos allí tan embebecidos, que por poco nos tornáramos en alguna nueva forma ó figura. Cantábase tan dulce y suavemente entre estas damas que parecía allí estar junto todo el descanso y gloria que en el mundo hallarse podía. Y acabando de cantar, tratábase cosas conformes á tal conversacion. Parecíanos ver allí algunos caballeros tan atónitos en mirar aquellas damas, que no podimos juzgar si eran ellos mismos vivos, ó sus retratos muertos. Yo estando así mirando aquellas damas y caballeros, sin saber por qué causa sentí en mí una nueva mudanza y soledad, de tal suerte que los ojos se me comenzaron á hinchar de lágrimas; y así pasamos adelante viendo siempre cosas nuevas y de gran gloria; y decíamos que bien conformaba á aquel castillo el nombre que tenía, segun el descanso y gloria que allí había.

Andando así viendo las cosas de aquel castillo, aportamos á una cuadra muy mas hermosa que todas las otras que habíamos visto, en la cual hallamos á la muy hermosa y sin par Luciandra, que se andaba paseando por aquella cuadra, acompañada de muchas doncellas que laservian: estaba vestida con una ropa de terciopelo verde, toda sembrada de pedrería; tenía una hermosa corona sobre sus hermosos cabellos; y como ella fuese grande y tan hermosa, parecía tan bien y tan señora que gran gloria y contento se recibía en miralla; de suerte que ella sola bastara para que aquel castillo nombre de gloria tuviera, y así creo yo que por ella se le puso.

Cuando Felesindos la vido, hincándose de rodillas en el suelo, temblándole la habla y mudándosele la color, desta suerte á hablar le comenzó: « ¡Oh luz de los reinos de Trapisonda! Oh gloria y descanso del emperador y emperatriz dellos! Amparo de tus vasallos, y gloria y bien de tus deudos! Aquesta tu valerosa presencia, acompañada de la mejor y mas ilustrisima y buena condicion que se ha visto, ¿adónde la has tenido hasta agora escondida? Porque te hago saber, que después que dejaste aquella corte de tu padre, ninguna cosa de placer ni de gala, ni de lozania se halla en ella, porque las damas lloran, los caballeros sospiran, y tus padres mueren, y hasta los campos no dan yerba, ni los árboles florecen, ni las fuentes dan agua, sino que en todo hay mudanza. Siete años ha que tus vasallos te buscan, entre los cuales yo, como mas

CAPITULO XXVIII.

En el cual se cuenta de los amores de Estrellinda, y de las cosas que en ellos pasaron, hasta la partida de Felesindos.

A todos dió gran pena la partida de Felesinda, sino fué á Estrellinda, por pensar que así podría su pena tener algún remedio; porque este tirano de amor es tan poderoso y mata de tal suerte, que no solo pone odio y gran enemistad entre los extraños, pero aun entre los muy cercanos deudos pone discordia. Y así, aquesta Estrellinda, vencida del amor, se holgó con la pérdida de su sobrina, por pensar que así podría gozar de Felesindos, el cual se quisiera luego partir; pero el rey impidió su partida por le parecer tan buen caballero y tenelle tan gran afición, porque sus obras y buena manera lo merecían, y rogóle mucho que no se partiese hasta algunos días, por ver si se podrían saber algunas nuevas de Felesinda; y Felesindos lo otorgó, porque aunque él tenía que hacer en otras partes, por ver al rey y á la reina tan desconsolados, parecióle ser bien mirado el quedarse allí algunos días, en los cuales siempre hablaba con Estrellinda. Y aunque la memoria de Luciandra no le dejase punto ni bora, no pudo dejar de no moverse á piedad de aquella doncella, la cual por muchas veces le había dado á entender el gran amor que le tenía; y así Felesindos mostraba querella, pero no de suerte que pensase ofender en ninguna cosa á Luciandra, ni menos á la gran amistad que con el rey su hermano tenía. Pero Estrellinda no se contentaba con esto, ni sus fuegos se mataban, porque el amor que á Felesindos tenía era tan grande, que de ninguna cosa destas se satisfacía. Y viendo que amallo ni servillo no le aprovechaba (porque la bondad de Felesindos era tanta que no consentía cosa ninguna contra lo que á buen caballero era obligado), convirtió su amor en gran odio, y comenzó de desamar á Felesindos y de procurarle todo mal, habiéndole rogado primero que se casase con ella, y que no curase de peregrinar por el mundo, ni de buscar reino ni honra ni riqueza, porque todas estas cosas las hallaría allí, siendo contento de tomalla por mujer. Pero no aprovechando ninguna cosa destas, comenzó de amar á Arminador de Candia, y mostralle gran favor, habiéndole muchas veces; y viniendo á crecer el amor, le pidió que de Felesindos la vengase por todas las maneras que pudiese, porque donde no, que jamás alcanzaria su amor, y que le prometía que si lo mataba se casaría con él. Arminador, como en extremo la amase, dijo que él haría su mandado; y así comenzó de buscar manera cómo pudiese dar la muerte á Felesindos.

Lo cual yo vine á saber por una camarera de Estrellinda, que todas estas cosas me contó, de las cuales avisé á Felesindos, y él se determinó de partir, así por esta causa como por la gran necesidad que tenía de hablar á aquel sabio de los montes de Naturaleza. Y con este pensamiento andando, acordó un día de hablar al rey, dándole cuenta de su propósito, y suplicando su alteza le diese licencia, el rey le quiso detener, y se le hizo de mal aquella su partida; pero viendo su determinacion, le dijo que hiciese lo que mandase, ofreciéndose con su reino y persona; y dándole Felesindos muchas gracias por aquella tan gran merced, le prometió que acabando aquella demanda en que andaba, de ir á los valles amorosos y librar á Felesinda, lo cual cumplió, porque así lo hizo de la manera que en la segunda parte desta historia se cuenta. A la reina pesó con aquella partida de Felesindos, y á todos aquellos caballeros y damas, porque de todos era muy querido y amado. Mas quiero que sepais, que Estrellinda, sabida la partida de Felesindos, tornó á renovar el viejo amor, y le dió gran pena el ver que se partía, y quedar ella sin esperanza de jamás vello; y así, cuando Felesindos se fué á despedir della, con muchas lágrimas le comenzó á decir: « ¡Oh duro y sin fe ninguna, Felesindos! Y ¿es posible que te baste el ánimo á partirme de mí, que tanto te

obligado, he andado cuasi todo el mundo, sin hasta agora te haber hallado ni sabido ninguna nueva cierta.

Diciendo todas estas y otras cosas Felesindos, Luciandra no respondía nada, ni hacía mas que mirallo, teniendo su señorial rostro sereno. En este tiempo comenzaron aquellas doncellas á cantar suavemente, y las puertas se cerraron, y nosotros nos hallamos fuera de aquella cuadra, de lo cual Felesindos quedó muy triste; pero como fuese tan buen caballero, esforzose y disimuló lo mejor que pudo, y diciéndo que no quería mas estar allí, nos salimos sin querer ver mas las cosas de aquel castillo, que eran muchas mas de las que habíamos visto. Porque dijo Felesindos que aquello era todo artificial, y que era menester llegar á la casa del Descanso, y trabajar de pasar el valle de la Pena y Trabajos; y que así quería que acabada la contienda de Felesinda nos partiésemos á Alejandria á hablar con quien nos enseñase adónde se podría hallar el sabio que vivía en los montes de Naturaleza, porque allí no habíamos sabido ningunas nuevas. Y con esto nos salimos al rey, que nos esperaba, y se espantaba cómo no salíamos; y venidos delante dél, Felesindos les contó las grandes cosas que habíamos visto, callando solamente lo de Luciandra, que no quiso decir nada. Luego entraron en el castillo muchos caballeros, y entre ellos Arminador y Belirifonte, y quedaron todos espantados de ver las maravillas de aquel castillo; y vieron entre aquella gran copia de damas andar á Felesinda; porque quiero que sepais que en aquel castillo ninguna dama estaba apartada sino era Luciandra, aunque había allí hijas de grandes principes y señores. Felesinda andaba muy alegre, y era la causa porque dentro de aquel castillo ninguna persona, por mas triste que fuese, podía dejar de ser alegre, sino yo, que aun allí no lo pueda ser, sino que viendo aquellas damas y caballeros, las lágrimas me vinieron á los ojos.

Acabado de haber andado mirando aquellos caballeros las cosas de aquel castillo, se salieron muy alegres por haber visto leda á Felesinda, pensando que por no se haber casado con Felesindos estaba así alegre; pero mal sabían la causa por que Felesinda estaba de la suerte que habíamos contado. La cual, luego que salieron aquellos caballeros, ella quiso entrar á ver las maravillas de aquel castillo; y así, tomando licencia de sus padres, lo puso por obra, y aquellas doncellas extranjeras la acompañaron con todos sus escuderos; y entrando en el castillo, y comenzando de ver las cosas dél, súptamente se levantó el castillo, oyéndose gran estruendo que decía: « quien quisiere ganar á Felesinda y habella por mujer, váyala á buscar á los valles amorosos. » Y con esto desapareció, quedando todos espantados, que mas de una gran hora no se podían hablar unos á otros, ni menos sabían qué se decir.

El rey sintió mucho aquella partida; pero como fuese tan estremado príncipe, lo disimuló; lo cual no hizo la reina, antes con grandes sospiros y llantos comenzó de llorar la pérdida de su hija, maldiciendo la venida de aquellas doncellas y la prueba del castillo. Felesindos quedó muy espantado, y consolaba á la reina lo mejor que podía, pero ningún consuelo bastaba, porque la reina Hécula no hizo mayor sentimiento por sus hijos cuando los vido todos muertos. A Belirifonte y á Arminador dió muy gran pena la pérdida de Felesinda; pero cómo pasó esta aventura y cómo se cobró Felesinda, se dirá muy largamente en aquella historia, que de Felesindos tratará; porque esta aventura y otras muchas fueron por él acabadas, como muy largo se contará, porque aquí desto no hay mas que decir, pues que esta historia no trata de aventuras de ninguno, sino de desventuras mias, y antes lo que cuento lo hago por la razon que atrás dije.